

## Miércoles I de Pascua



03 de abril de 2024

Hech 3,1-10

Sal 104

Lc 24,13-35

P. Eduardo Suanzes, msps

**El camino de Emaús no conduce a Emaús, sino a Jerusalén.** En otras palabras: partiendo del impacto y de la decepción, pasando por la reflexión en el camino con Jesús y la nueva visión alrededor de la mesa con el Maestro, se llega a un nuevo tipo de acción y compromiso.

¿Quiénes son esos dos discípulos que se dirigen a una aldea que dista 11Km de Jerusalén?<sup>1</sup> Lucas dice claramente que son dos del grupo, dos de ellos, dos de los que han escuchado las palabras de la Magdalena, de Juan, de María, de Santiago, pero que no les han dado crédito y que, por eso, se van decepcionados en la mañana de Pascua de la ciudad a su pueblo. Son, pues, dos del grupo de los discípulos: han seguido la formación extraordinaria que Jesús dio a los suyos, como vemos en el Evangelio; han oído directa o indirectamente las palabras de las Bienaventuranzas, las parábolas de la misericordia, las invitaciones de Jesús a renunciar a todo, a dar la propia vida y a aceptar el escándalo de la cruz. No han carecido, por tanto, de instrucción. Y, sin embargo, ¿qué hacen? Hay que notar que el texto dice que se les presentó Jesús «*mientras conversaban y discutían...*» ..., acaloradamente (éste es el matiz del verbo que se emplea según dicen los que saben griego). Por tanto, no son sólo dos hombres un poco desilusionados, sino dos hombres heridos; heridos en sus esperanzas, porque se sienten frustrados por algo, por alguien; de un modo u otro, están enojados con Jesús; seguramente piensan: «*Nos ha engañado*».

No son simplemente, por tanto, dos personas que comentan un acontecimiento triste, sino dos personas que, al parecer, se acusan mutuamente de que las cosas hayan resultado así: ¿de quién es la culpa? Y, de hecho, cuando Jesús les pregunta, están «*cariacontecidos*»; podríamos decir: apesadumbrados, con el rostro ensombrecido de quien ha constatado la ruina de las cosas en las que había puesto su confianza.

Jesús se une a los discípulos allí donde ellos están, entrando en su realidad y les plantea una pregunta que, en principio, recibe una respuesta descortés: «—*Pero, ¿cómo es posible? ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Estás en la luna? ...* » Y Jesús, sin considerar esta primera descortesía, derivada de la emotividad que ha hecho presa en ellos y les tiene turbados, les hace una segunda pregunta que inocentemente vence esa primera desconfianza: «—*Díganme de qué se trata*». En ese momento, los dos discípulos comunican a Jesús el *kerigma*. Sí, curiosamente, lo que responden ¡pertenece al *kerigma*!: dicen palabras similares a aquellas con las que en los Hechos se proclama una parte del *kerigma*: «*Jesús de Nazaret, profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante los hombres, nos tenía embelesados. Pero los sacerdotes lo entregaron, lo condenaron a muerte y lo colgaron de un madero*». Efectivamente, anuncian el *kerigma*, pero es un

---

<sup>1</sup> Cfr. CARLO MARÍA MARTINI. *El itinerario del discípulo a la luz del Evangelio de Lucas*. Ed. Sal Terrae. Santander 1997

kerigma a medias: es un kerigma parcial. Anuncian los «hechos salvíficos», los mismos que también nosotros proclamamos en el credo («padeció bajo el poder de Poncio Pilato, murió y fue sepultado»), pero no los consideran en su final salvífico, los privan de su calidad, de su interpretación final. Es decir, ellos hablan de una derrota decisiva, de algo que no debería haber ocurrido. (¡Ay! ¡Hay tantas cosas que nos pasan que no debían haber ocurrido...!)

Como nos sucede con frecuencia: dejarnos bloquear por el fracaso presente, dar vueltas amargamente a la consideración del lado negativo, nos cierra los ojos a otros elementos que también están ahí indicándonos que, seguramente, las cosas no son exactamente como las estamos viendo: es cierto que «*las mujeres han ido al sepulcro y han dicho...*» ; pero todo eso no significa nada, porque el bloqueo del acontecimiento negativo ha creado una emoción tan violenta de desilusión, de amargura, que no queda espacio para que penetre la interpretación completa de los hechos. Hasta las posibles interpretaciones positivas le dejan a uno escéptico, y sin darnos cuenta bloqueamos la gracia.

Contra este escepticismo, ahí está el kerigma de Jesús, completado y propuesto casi en un arranque de ira, precisamente porque Jesús se encuentra frente a la deformación insensata del kerigma, frente al gusto por la muerte como tal, frente al saboreo de la amargura. ¿No nos ocurre quizá también a nosotros, o al menos a personas que conocemos, que nos aplanamos en la amargura, la saboreamos y, en consecuencia, nos negamos a reflexionar sobre la posibilidad de una interpretación distinta? Pero todo eso conduce a sufrimientos que se soportan malamente, a una convivencia difícilísima o la aceptación de hechos aparentemente inaceptables.

Fíjense que el kerigma de Jesús es una reacción “violenta” contra esa visión falsificadora de la muerte, de la cruz, de Él mismo, del fracaso.

Por eso Jesús les reprocha: « —*¡Necios y tardos de corazón para creer!*» en el Dios de los padres, en el Dios de la fidelidad; incapaces de fiarse de la promesa, de la acción de Dios; necesitados siempre de medir las cosas sólo a la medida de ustedes, según la cual Jesús no debía liberar a Israel del modo en que lo hizo, ¡sino como ustedes lo esperaban! Y como no lo ha hecho al modo de ustedes, las cosas han salido tan mal. ¿Es que Dios no podía tener otro designio distinto, mayor que el de ustedes? ¿Por qué no se fían de su designio?» Esto es lo que, a mi parecer, Jesús les dice a los discípulos y nos dice también a nosotros.

Esa prontitud para abandonarse es para nosotros la cosa más difícil del mundo, y nos resulta imposible sin el Espíritu. Cada vez que nos refugiamos en nuestras solas fuerzas para ponernos en la situación adecuada, recaemos en esas interpretaciones humanas de los designios de Dios, que nos llevan necesariamente a constatar la amargura y el fracaso. Y nos sentimos turbados frente a esa constatación de la que emerge a las claras nuestra poca fe y nuestra impotencia para asumir la historia y las situaciones actuales, si no es con un acto de confianza total en el poder de Dios que sólo Él puede realizar en nosotros. Precisamente para darnos esa confianza, Jesús enuncia el **kerigma completo** y dice: ¡Precisamente este acontecimiento que han vivido, precisamente esto que no logran

comprender, forma parte del designio de Dios! « —¿Acaso no era necesario que Cristo padeciera todos esos sufrimientos para entrar así en su gloria?» ¿No era esto, que a ustedes les parece el no ser, el volver a la nada, no era esto, precisamente, el deber ser de Dios, un momento de su misterio para gloria del Señor y, por tanto, para gloria de la Iglesia?

Lucas no nos dice que los dos discípulos creyeran de golpe y abrazaran al Señor al momento; nos dice que primero perdieron su agresividad y se hicieron acogedores, hasta el punto de pedirle que se quedara a pasar la noche con ellos; y después le invitaron a su mesa y le pusieron a presidirla, porque sentían que se había producido un intercambio de afectividad entre ellos y Él, que permitía esa familiaridad, esa consideración; y entonces, gradualmente se les van abriendo los ojos, se les van abriendo las Escrituras. Notemos la presencia del verbo «*abrir*» al final: «*Se les abrieron los ojos y le reconocieron*» y «*nos explicaba las Escrituras*». Todo ello en un ambiente de fraternidad, de emociones que se desvanecen, no porque se las niegue ni se las reprima, sino porque se las reconoce objetivamente, se las ilumina y, sobre todo, porque quedan caldeadas, calentadas, por la presencia del Señor.

¿A dónde nos quiere llevar Lucas? Lucas quiere poner en ascuas nuestro corazón. Porque ante la cruz podremos dar respuestas teóricas y quizá convincentes para los demás; pero lo que no podemos hacer, lo que nos falta, es hacer que arda nuestro corazón, es decir, entrar en esta perspectiva con un corazón plenamente transformado, con la gozosa certeza de que Dios está aquí y ahora. Lo que verdaderamente nos hace falta es que arda nuestro corazón en la agonía, en el sufrimiento de no ver; pero que arda también por una certeza, por el evangelio que escuchamos, por la experiencia que tenemos de plenitud del Espíritu. Que arda mi corazón en la consideración de la presencia de Dios en la situación actual de mi vida, aquí y ahora. Todo esto es don del Espíritu. Sólo reconociendo humildemente que somos necios y tardos para creer, podremos llegar a decir a Dios: «Señor, haz que arda nuestro corazón con la plenitud de tu manifestación, para que podamos saber qué quieres ahora de nosotros».

Y ahora sí. Nosotros que salíamos espantados y escandalizados de nuestra Jerusalén particular (nótese: el lugar donde se produce nuestra redención) y nos escapábamos a Emaús (nótese: nuestro lugar de origen, el lugar donde juzgamos todo desde nuestra perspectiva, en donde todo lo controlamos), somos capaces ahora de volver nuestra mirada a Jerusalén y emprender el camino de regreso. Allí testimoniaremos cómo reconocimos al Maestro sentados a la mesa, viendo cómo Él se partía en dos para nosotros. Efectivamente, realizar el camino de Emaús como Dios manda nos lleva de regreso a Jerusalén.